

# Los discutidos "comics" de Santa Teresa



**L**E *Nouvel Observateur* es una revista que hace pensar. Y, desde hace un tiempo, ha lanzado en sus páginas un incitante "comic". Es chocante la novedad, mordacidad y —en el fondo— serio tratamiento histórico que en él se hace de una figura tan traída y llevada por los españoles como es Santa Teresa de Jesús, o como la llaman los franceses: Teresa de Avila.

Una polémica muy francesa —llena de buenas formas— se ha levantado con motivo de este género histórico-humorístico, aplicado a una tan famosa figura religiosa española. Y el programa puntero de Radio Nacional, "Protagonistas, nosotros", acaba de hacerse en España eco de esta discusión.

Yo he dicho muchas veces que a los españoles nos hace falta una dosis fuerte de anticlericalismo, como la que floreció en nuestra Edad Media y durante el siglo XVI sobre todo. Fue un anticlericalismo netamente católico, que no ahorra críticas —unas muy severas y otras llenas de ácido humor— a nuestro catolicismo oficial y a sus personajes.

Pero esta tradición tan española y tan sana ha sido olvidada en gran parte, y por eso todavía nos choca la desmitificación que algunos quieren realizar de esos tabúes que —en personajes o en ideas— fomentó el catolicismo *pacato* del siglo pasado.

Y uno de estos errores piadosos es el falseamiento hecho a las figuras de nuestros grandes santos. Todos debemos preguntarnos por eso con franqueza: ¿qué dice la Iglesia que son sus santos?

Porque si hiciésemos esta pregunta a la gente en general, en seguida contestarían mitificando a estos personajes, y creyendo de buena fe que la doctrina católica exige siempre esta mitificación. Pero esto no es verdad: la única enseñanza obligatoria para un católico es la expuesta por un teólogo romano bien seguro y bien tradicional, monseñor Parete. El cual afirma una cosa tan escueta y tan limitada como esta: santo es el que "goza actualmente de la gloria celestial", y nada más. O sea, que los santos, dentro de la dogmática católica, no son ningunos superhombres o semi-

dioses, sino simplemente seres humanos de carne y hueso que, a través de su vida, han ganado el cielo, y punto.

Un santo es un hombre corriente con sus defectos humanos, que ha procurado con sinceridad acoplarse al Evangelio a través de su azarosa vida. No se descarta por tanto el que cometa pecados, tenga defectos caracterológicos, posea una especial idiosincrasia, o incluso sea un neurótico o un psicótico.

Por eso dice con su fina observación la francesa Santa Teresa del Niño Jesús que en el cielo espera ella ver muchos hombres y mujeres ordinarios más santos que los personajes que han estado en los altares católicos.

La Biblia observa con un profundo realismo que "siete veces al día cae el justo". Por eso, los santos, cuando se ahonda en sus vidas, aparecen claramente sus defectos, como, por ejemplo, la cólera de San Jerónimo, que era proverbial; los nervios de San Juan Crisóstomo, que no le dejaban parar en su celda mientras preparaba sus famosos sermones; el severo San Carlos Borromeo, que se dormía durante los sermones que escuchaba a los demás, y San Luis María Grignon de Monfort, que tenía un carácter bien poco simpático y por eso repelía a mucha gente. Del mismo modo que hoy se sabe que Santa Teresita fue una tuberculosa con fuertes rasgos neuróticos, y Santa Gema Galgani tenía evidentes síntomas psicóticos.

¿Cómo fue entonces la verdadera Santa Teresa de Avila? Un ser de carne y hueso, que rondaba a veces con el histerismo —como reconoce el pensador católico Henri Joly—, y que vivía más de sueños que de sencillas realidades, como descubre ahora el jesuita Michel Certau, profesor de la Universidad de California. Le gustaba la cháchara y la discusión, como asegura su biógrafo el padre carmelita Steggink; tenía un carácter profundamente extrovertido, y por eso no paraba de fundar conventos, y disfrutaba de un carácter emotivo manifiesto.

En los "comics" de Claire Brétecher —publicados en *Le Nouvel Observateur*— se descubre que la historia actual ha demostrado científicamente sobre ella, y que podría resumirse en

tres rasgos que tienen una polaridad complementaria muy curiosa: 1) Su imaginación quijotesca, que se compensaba con un sentido sanchopancesco de la realidad cotidiana, como se ve en los escritos de su Vida y en el libro de las Fundaciones; por eso decía: "Querer hacer de ángeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estoy, es desatino". 2) Tenía una inclinación afectiva muy marcada hacia los hombres, le gustaban los amigos y conocidos y charlar abundantemente con ellos, porque tenía un "hambre de amar y ser amada" que le llevaba a confesar lo siguiente: "Quiero mucho a los que gobiernan mi alma"; así, del padre carmelita Jerónimo Gracián estaba medio enamorada, y al recriminar éste a la santa de Avila por ello, le contestó tajantemente: "Cualquier alma, por perfecta que sea, ha de tener un desagadero; y déjeme a mí tener éste, que, por más que diga, no pienso mudar el estilo que con él llevé"; lo cual no quiere decir que, en otras cosas, no llevase al extremo una vida disciplinada y austera, que le servía para cercenar complejos negativos y desarrollar su creatividad, como señala el padre Certau. 3) Poseía una fuerte inclinación a la lectura, y también a discutir con las personas eclesásticas cultas, adquiriendo así unos conocimientos muy superiores a los de las mujeres de su tiempo y un sentido crítico que empleaba con habilidad coqueta de mujer, al hacerse la inculta cuando le convenía.

Presentar en "comics" humorísticos la vida real de una santa como Teresa de Jesús es un buen ejercicio realista para creyentes y no creyentes. Por eso hay que felicitar a Claire Brétecher de haber iniciado este inteligente ensayo, mezcla de cariño crítico y de humorismo descarnado, que hace más asequibles a los personajes reales que fueron los santos, que el famoso Año Cristiano, del plúmbeo y meloso padre Croisset, y que leían engañosamente embelesados nuestros abuelos cuando se contaba en él que desde la más tierna infancia meaban ya algunos de ellos agua bendita. ■